

Luz Líquida.

El contraste entre el sol exterior y la controlada luz interior hace que nuestros ojos necesiten unos minutos de adaptación. Al entrar en una de estas construcciones tan antiguas, tan primitivas en su geometría, parece que entrásemos al interior de una gruta, de una roca. Aunque en realidad estamos al mismo nivel que la calle, el proyecto mantiene ese misterio: nos parece entrar en una cueva bajo tierra, un espacio que ha sido iluminado por primera vez.

En este proyecto, el trabajo de lucernarios está siempre ligado al concepto de erosión, de excavar la piedra. El traspaso a través de esa masa de marés nos hacía pensar que la luz se teñiría al atravesarla, y daría al interior una nube de luz coloreada, impregnada por el carácter material de esa construcción. Por eso el proyecto busca que la luz se tome su tiempo en atravesar el enorme grueso entre interior y exterior.

El recorrido es por el centro de las naves, en penumbra, hasta que un punto iluminado contra un muro nos atrae hacia él. Estas "capillas" contienen los objetos de la exposición, iluminados por una entrada de luz que está fuera de la vista. Estos pliegues y retranqueos en los muros y las bóvedas generan hornacinas y recámaras, definiendo el espacio mediante luces rasantes que se escapan de las pantallas que las retienen contra la pared. Las texturas rugosas de las nuevas superficies provocan diminutas sombras al paso de la luz, quedando en continuidad con la grabada superficie circular en piedra de marés, que lleva ya tres siglos acumulando señales.

En las paredes utilizamos ventanas que habían quedado olvidadas y que llegaron hasta nosotros. A veces estaban en posiciones que no ayudaban a la exposición, pero el inmenso grueso de los muros permitió hacer pasar la luz en su interior, desviándola de dirección a modo de buzón. Ver la luz entrando sin ver su fuente nos hace sentir en un interior muy lejano al exterior, no sabemos cuántas capas o cámaras ha debido pasar la luz para llegar hasta aquí... Esos buzones desmaterializan el muro, quitándole gravedad y convirtiéndolo en transparente.

Desenterrar ciertos fragmentos de bóveda bajo la tierra que normalmente la cubre, permitió que la luz resbalara por su lado convexo, siempre escondido, hasta deslizarse en el interior, dejando a la vista esa cáscara de mínimo espesor. El corte para dejar salir la luz en la parte baja se hizo justo donde las bóvedas descansan, en su base. Esta acción de dejar escapar luz contenida justo en el momento donde la bóveda descarga todo su peso, hace que ésta parezca levitar, en suspensión. De nuevo la luz, como en los muros, plantea una contradicción al peso que conforma todo el edificio, haciendo que la piedra se convierta en algo muy ligero, casi inmaterial.

En este proyecto comenzamos a entender y experimentar con la luz natural como agua, con la idea de luz líquida. Experimentamos con su capacidad de concentrar la intensidad, atravesando densos muros de piedra, abriéndose paso hasta el interior, bajando metros y metros, incansable, como en las antiguas cámaras funerarias egipcias.

